

# El Cuzco Todavía

por Sebastián Salazar Bondy

En un matutino local se ha dado cuenta recientemente de la paralización de los trabajos de reconstrucción que, al impulso de algunas oportunas leyes, se habían emprendido en el Cuzco, la inmemorial ciudad incaica que el terremoto de 1950 arrasara despiadadamente. Importantes templos y otros monumentos arquitectónicos que debían ser restaurados permanecen en estado ruinoso, amenazados por la acción del inclemente tiempo de aquella zona andina, y la tarea de remodelación y fomento industrial, que disposiciones especiales estimulaban, se ha detenido. La Junta encargada de vigilar dichas obras

carece de fondos suficientes para atender cumplidamente a su misión: tal es la razón que se da del lamentable caso.

De otra parte, viajeros que retornan de la antigua capital de los quechuas — aquellos cuya sensibilidad sabe discriminar entre lo auténtico y lo meramente vacuo— suelen expresar su estupefacción con respecto al lento e incontenible proceso de adulteración que sufre la fisonomía de la ciudad, a juicio de las gentes más penetrantes uno de los núcleos humanos de mayor personalidad del mundo entero. Hace poco alguien, abochornado por lo que ello significa como negación de todo sentido de cultura, narraba que un muro incaico ha sido destinado a cobertura de un pasadizo de hotel, precisamente al lado de las cocinas. La pétreo pared se halla manchada por restos de comida, desperdicios y basuras, lo cual constituye, aun para el más ciego, un atentado incalificable. Menudean las construcciones de estilo incierto o aparentemente moderno, y reina así, allí donde todo debería hacerse con el fin de mantener el clima característico, un caos que mañana será imposible de ordenar.

Paralizadas las obras de restauración que impulsaba la Ley No. 11392 y las de remodelación y fomento industrial que inspiraba la Ley 11551, el Cuzco sufre un colapso. No es sólo la parte estética de la maravillosa ciudad la que sufre el castigo. Es también su economía. Los estudios realizados por técnicos agrícolas e industriales — muchos de los cuales, maniatados por la incomprensión y la indiferencia interesadas, se vieron obligados a renunciar — no han de ser aplicados para el renacimiento a que se aspiraba. El Plan Piloto, que resolvía con hondura y sencillez los múltiples problemas de un conglomerado cuyo pasado tanta responsabilidad implica y cuyo futuro no es patriótico descuidar, queda convertido en letra muerta. Este parece ser el destino de los mejores proyectos que se elaboran en el Perú. Al entusiasmo inicial sigue un pavoroso pasmo. Pronto, aquella energía es reemplazada por el conformismo más tibio y culpable. Y la resignación, el encogimiento de hombros típico de la impasibilidad nacional, es todo lo que queda. ¿Sucederá esto con el Cuzco?

El Cuzco no es un problema que interese sólo a los cuzqueños. En puridad de verdad, ninguna cuestión regional es sólo de aquellos a quienes afecta, menos en el caso de la capital inca. Se trata del más antiguo crisol de la nacionalidad, del más enorgullecedor legado de nuestra historia, del más original sello de nuestra cultura. El hombre selvático, el de la costa del norte y del sur, el de las ciudades, el de la sierra central, el de cualquier latitud del extenso territorio nacional, el campesino, el obrero, el empleado o el intelectual, saben que mirar hacia el Cuzco es reconocer la entraña misma de su esencia peruana, la primera razón de su realidad. Inclusive toda América posee ahí su raíz primera. Los extranjeros que visitan nuestro país y hacen el obligado peregrinaje al Cuzco se llevan, en la mayoría de los casos, una impresión singular de nuestra incuria relativa a la conservación de los tesoros que allá se guardan. Juzgan que somos dueños de un valioso patrimonio, pero que carecemos de la conciencia de su importancia y de su trascendencia. Es como la posesión de una joya por un niño, por alguien que la exhibe como cosa esplendorosa sin responsabilidad ni compromiso vital. Ese es otro absurdo rasgo de nuestro carácter.

Es necesario que se resucite el empeño que, por suerte de la terrible catástrofe de 1950, apareció en los organismos oficiales y en el país entero con relación a la reconstrucción del Cuzco. Es cierto que en muchos casos, como clave del fracaso, han prevalecido intereses creados, ambiciones personales, mezquindades imperdonables. Urge que estas pasiones se depongan y que la acción del Estado se produzca franca y decididamente. La reactualización del Plan Piloto es uno de los puntos que más conviene restablecer como parte de un programa para retornar a la hermosa ciudad del Cuzco esa prestancia que el tiempo, en la historia jamás detenida, puso en sus calles, en sus plazas, en sus templos, en sus casonas, en sus ruinas, como un lauro perdurable. También, por supuesto, para que en el futuro, cuando se juzgue esta época y sus hombres, no se diga con razón que por ir tras las pompas finitas se olvidaron las magnificencias eternas.